

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administracion que en las librerías.)

- Por un mes... 4 reales.
Por tres id... 11 »
Por un año... 40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto, 4 cuartos en toda la Peninsula.

Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

DIRECTOR: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

- Por tres meses en la Admon. 15 reales
Por seis id... 28 »
Por un año... 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses... 30 »
ULTRAMAR.—Un año... 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana,—jueves y domingo.

Administracion y Redaccion, Huertas, 82, pral. izq.ª

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

DIBUJANTE: FRANCISCO ORTEGO.

ESPAÑA.

Yo no sé de dónde han sacado algunos chuscos la idea de que los españoles tenemos la sangre ardiente, de que aquí las pasiones son fogosas, de que estamos espuestos á arrebatos.

Preciso seria dar un manifiesto á la culta Europa, dando á conocer la sin razon con que se nos acusa de apasionados, cuando si en alguna tierra del mundo se lleva á lo último la templanza, es sin duda en la patria del Cid y de los dos Bernardos.

Me refiero á Bernardo del Carpio y al de la espada.

Bien podria apostarse algo á que nosotros mismos somos culpados de esas inconveniencias que se nos achacan, porque la verdad es que siempre tendemos á presentarnos desfigurados á los ojos de las gentes.

Y luego nos quejamos de que los franceses nos pinten como se les antojel

Aquí sube una camarilla al poder y grita:

—¡En este país no se puede gobernar!

Y gobierna once años, sangrando, purgando y matando impunemente, como los médicos de Moliere.

Aquí nos predicán al año cien sermones contra los que vendieron á Cristo, y la misma empresa rifa á la puerta del templo al niño Jesús en cueros vivos.

Este país quiere que le llamen monárquico por excelencia, y arroja de su seno las monarquías seculares.

Y siendo, segun se dice, tierra hecha propósito para reyes, andamos hace siete meses probándonos principes, y no hallamos en Europa uno que nos venga á la medida.

Todos recelamos del clero, nos contamos con grandes aspavientos su pasado, le llamamos ignorante, reaccionario, perturbador, hijo de Roma, y cuando ya lo tenemos bien injuriado, bien estropeado, bien desautorizado, vamos á pedir prestado para que no le falte el premio del sagrado ócio en que vive.

Aquí no hay guerrero que no deba la mitad ¿me quedo corto? de sus grados y empleos á los pronunciamientos, y sin embargo, el jefe del Poder proclama en alta voz que el ejército no se ha pronunciado nunca en España.

¡Señores! ¿Qué es esto?

Hace largos años que el pueblo español solo tiene el trabajo proporcionado á sus deseos de hacer algo, lo cual significa que apenas tiene trabajo alguno, y sin embargo, no nos desesperamos, sino que vamos por nuestros pasos contados á una esquina ó á la puerta de un ministerio á pedir humildemente una limosnita por amor de Dios.

Gritamos todos los dias que la plebe va á hacernos trastadas, que con el hambre y las ideas socialistas es capaz de arrojarse al repartimiento de bienes; y la verdad es que los bienes de España hace tiempo que se los van repartiendo personas muy decentes, de quienes no debe temer la sociedad que se presenten en parte alguna en traje indecoroso.

¿Qué gobierno ha dejado de tener entre nosotros lo que le ha dado la gana?

Y sin embargo, nadie ha sentido arder la sangre

de ese modo que quiere suponerse, ni hay tales arrebatos.

Hoy mismo se trastorna de una manera que dá lástima la verdad más patente á los ojos de todos.

Tenemos un Poder ejecutivo nombrado por una Cámara soberana, que es á su vez producto del sufragio universal.

Y dice el gobierno: Desdichados de nosotros si se llegase á proclamar la república. La república es no haber rey, como ahora; es el pueblo soberano, como ahora; es el sufragio universal, como ahora; es el poder electivo y respetable, como ahora; españoles, ¿á dónde iríamos á parar si creásemos un estado de cosas como el de ahora?

Por eso digo que pobre de quien tomase por lo serio lo que se dice, y que todos tenemos un poco de culpa de que se nos juzgue muy diversamente de lo que somos.

No sé si es que tomamos mucha agua de cebada, ó gran cantidad de horchata de chufas, ó si el abono del garbanzo templá ese ardor tradicional de los hijos de esta tierra; pero sé que aquí gobierna quien quiere, que lo llevamos todo con paciencia, que no somos tan fieros como creemos algunos, y que si el gobierno se empeñase en que no entrara rey por casa, seríamos capaces de sufrirlo con resignacion serrana.

ROBERTO ROBERT.

EL HOMBRE NEGRO.

Existe un misterioso personaje cuya poderosa influencia se estiende desde las orillas del Guadalquivir hasta las orillas del Tiber.

Domina en el cielo y domina en la tierra.

En el cielo tiene las oficinas generales de su patrimonio, y en la tierra tiene su patrimonio que es muy grande.

Arriba está su medio, abajo está su fin.

Tiene poderes amplos sobre la conciencia ajena: de la suya no se sabe nada.

Penetra en todas partes, como el aire; lo inunda todo, como la luz.

Sabe que hay otra vida, y es el administrador de la vida de todos.

Es padre, pero no tiene hijos, al ménos que se sepa.

No es casado, pero junto á él tiene mujer.

Se come á Dios en ayunas y bebe la sangre de Cristo.

Ayuda á morir, y perdona los pecados en virtud de no sé qué poderes.

Predica humildad y usa hebillas de plata.

Exhorta á la penitencia, y le gusta el buen vino.

Todos los hombres son sus hijos, y las almas son cosa suya.

Se puede enterar de nuestros secretos y juzgar de nuestros actos, y si no le parecen bien castigarlos puede.

La limosna le es grata, pero le coge sin dinero.

Su mano es santa, y los niños la besan. Enseña la doctrina á cañonazos.

Cuando el hombre nace, él debe rociarle el pescozo con agua, porque la mancha del pecado original él la quita.

No hay matrimonio feliz, si él no lo bendice. No hay juventud moral, si él no la educa.

Él canta nuestra muerte y abre nuestra fosa. Y esto hay que pagarlo.

Él dice una misa para que nuestra alma salga del purgatorio. Seis reales vale.

Cuando no llueve, él saca los santos á la calle; y si aun así no llueve, la culpa no es suya.

Reza como quien jura, y siempre en voz alta. Entra en los palacios y manda en las aldeas.

Le consultan los reyes y le tiemblan los campesinos.

Conoce la historia y la esplica á su modo. Al rey le aconseja, al pueblo le impone.

Pide por Dios, y posee fincas rústicas. Fuma y juega á los naipes, pero en su casa.

Da permisos para comer carne en viernes, y de indulgencias por una friolera.

Si el hombre no le atiende, se condena. Si hace lo que él dice, va á la gloria. De él no se dice si irá á la gloria ó si se condenará, pero no hay derecho á saberlo.

Es bondadoso, pero le falta la ocasion.

Es inofensivo, pero gasta escopeta.

Es súbdito leal, pero entra en campaña.

Es tolerante, pero suele no absolver, segun y cómo.

Es muy infeliz, pero tiene barriga.

Es muy liberal, pero no ejerce.

Su traje es sencillo, pero es cómodo. Su porte es severo, pero gracioso.

Dicen que es ministro, como tal se porta.

Dicen que es pastor, y hay quien le llama lobo.

Su rey es Carlos VII, su ideal la monarquía absoluta.

Predica política y lee periódicos. Está dispuesto á todo.

Si le encuentra Vd. por la calle le verá Vd. siempre embozado en su capa negra. Parece que tapa algo.

No se detenga Vd.; eche Vd. á correr, porque dicen que hay trabucazos.

EL ATADERO.

¿Si será verdad? Acabo de oirlo y principio á creerlo.

Es cierto que yo soy al revés de las demás gentes; en muchas ocasiones creo las cosas cuando ménos motivos hay para creerlas; no lo digo por El Siglo y El Cascabel y otros colegas reaccionarios que afirman que esto no tiene atadero, como si pretendieran que los problemas que surgen despues de una revolucion radical hubieran de resolverse por sí solos.

Y qué tranquila y qué reposada seria entonces la existencial!

Solo de pensarlo se me hace la boca un agua.

Esto de dejar que las cosas se hagan por sí mismas; esto de esperar sentado perezosamente sus efectos en vez de salir á su encuentro, modificar sus circunstancias, variarlas tal vez ó destruirlas en caso necesario, es muy mahometano y muy español, y sin embargo, los señores que dicen y juran y perjuran que en nuestro pueblo existe vivo y arraigado

el sentimiento religioso no deslindan bien de qué religion se trata.

Curioso sería que el pio *Cascabel*, que tan lacrimoso se nos viene hace algunas semanas, se encontrase, al cabo de sus años, con que era sectario de Mahoma.

¡Triste descubrimiento; los españoles tienen algo y aun algo de fatalistas!

Qué desagradable sorpresa para *El Cascabel*, encontrarse ahora con que ha defendido el fatalismo sin saber lo que hacia, como el célebre personaje de Moliere hablaba prosa sin conocerlo.

Allá, en los tiempos de Isabel de Borbon la magnánima, y de Gonzalez Brabo el pundonoroso, todo lo aguardábamos de la revolucion; bien que muchos esperaban la revolucion, como los judíos aguardan la venida del Mesías, ó como esperan los católicos la resurreccion de la carne, esto es, sin tomarse el trabajo de apresurar su venida, ni de hacerla más fácil.

«Ella vendrá: es necesario que venga, y vendrá, porque lo que *ha de suceder, sucede.*» Fatalismo.

Vino en efecto la revolucion, si no precisamente porque habia de venir, que entonces hubiera tardado un poco más—porque la trajeron entre unos y otros, y no será yo quien deslinda ahora la parte de gloria que corresponde á Orovio, sapientísimo ministro moderado, al famoso Orovio, honra y prez de su partido, regocijo de los hombres de ciencia, admiracion y esperanza de los hacendistas; el nunca bien ponderado Orovio, cuyo recuerdo tienen presente hoy los diarios moderados, siendo esta la causa de que tan mal les parezca el actual Gobierno, donde ni brilla Orovio por su sabiduría y por su desprendimiento, ni Gonzalez Brabo por su honradez, ni Catalina por su sinceridad en las creencias religiosas.

La revolucion vino, y el contento fué general, y no tuvo límites la alegría.

Salimos por ahí, por esos mundos, gritando como desesperados, paseamos multitud de banderas por esas calles, iluminamos los balcones de nuestras casas, y Madrid parecia un áscua de oro: realizado tan colosal esfuerzo, necesitábamos descansar, y en efecto, nos tendimos á la bartola, esperando la llegada del Gobierno provisional para que se arreglase todo, y todo entrase en caja. Todavía el fatalismo.

El Gobierno provisional llegó, y le recibimos con palmas, y salieron otra vez las banderas á relucir, y corrimos de acá para allá, y victoreamos á este y al otro, y á todos, para que nadie se quejara, y regresamos tranquilamente al hogar doméstico, diciendo para nuestro capote: «Ahora sí que nos lo van á arreglar todo.» Sigue el fatalismo.

Efectivamente, ni la cosa entró en caja, ni todo se arregló, ni podía arreglarse así en un momento. Nuestra manía de que habian de darnoslo todo hecho, compuesto y condimentado, nos hizo volver la vista á las Constituyentes: «esas, esas darán solucion á las temerosas cuestiones que nos abruman.»

Y todos esperamos con ansiedad la venida de las Cortes Constituyentes, y las Cortes Constituyentes vinieron, y ahí se están discutiendo su proyecto de Constitución, que, segun la declaracion espontánea de sus autores, tiene la gran condicion de no haber satisfecho á nadie.

Nosotros entretanto continuamos esperando que todo se componga cuando venga ese rey, más deseado que el mismísimo Fernando VII, de feliz memoria.

De manera que el cuadro no puede ser más delicioso.

La mayoría inmensa de los españoles tendidos—perdonadme la frase—tendidos á la bartola; sin moverse nunca como no sea para colocarse en posicion más cómoda, y esperando siempre en algo superior á él, ya en el Gobierno provisional, ya en las Cortes, ya en el rey, que provean á sus necesidades y que cuiden de su existencia.

Y así tomando el sol tranquilamente, deslízase la vida dulcemente.

Y así el comercio y la ciencia, y el arte, y el individuo, y la colectividad, y todos y cada uno, piden proteccion y auxilio al gobierno, y como éste no puede dársela, esperan al rey que tampoco podrá hacer milagros, y anhelará el advenimiento de la república, con cuya forma de gobierno de seguro no podrá comer el que no trabaje; dicho sea en verdad, y aun á riesgo de perder algunos partidarios.

Pues bien, ahora se nos descuelgan algunos di-

ciendo, esto no tiene atadero: señores, por Dios, la dificultad no está en el atadero, la dificultad está en que queremos que todo nos lo den hecho.

Trabajo, trabajo, trabajo, mucho trabajo, mucha actividad: buena fé y buenos deseos: ese es el atadero; lo demás, es con perdon de *El Cascabel* y demás colegas neo-católicos, hablar por hablar, y no decir ni hacer cosa de provecho.

A. SANCHEZ PEREZ.

AYES DE UN BOLSISTA.

DOLORA.

¿A dónde vas, mi dinero, llevado por esa ola que viene del extranjero al soplo de Figuerola? Es tan graciosa tu ley, oh Figuerola divino, como un ministro del rey
Pepino.

Fuerza es que mi pecho se abra ya que mi bolsa te abrió: ¿sin decir una palabra millones lanzas así? Toda la bolsista grey siente de tu ciencia el tufo, digno ministro de un rey
bufo.

De tu empréstito se ignoran las positivas ventajas, mas los jugadores lloran esas bajas, bajas, bajas. Si cuando el subir es ley, tú haces cambiar el destino, ¿cómo no has de ser del rey
Pepino?

Esta inscripcion se pondrá en tu tumba, Figuerola: *Un jugador aqui está que nunca llegó á dar bola.* ¡De la economista grey hizo alarde por lo fino, digno ministro de un rey
Pepino!

O tú me engañas á mí, y es muy justo que me enfade. ó te han engañado á tí: elige lo que te agrade. La Bolsa sufre tu ley y yo con tu ley me arruino, pues baja al nivel del rey
Pepino.

Si títulos pignorados das anticipadamente sin enviar dos recados para prevenir la gente, á fin de mes, es de ley, que se arruine el más ladino, mientras tú sirves al rey
Pepino.

Eres honrado sin duda, pero me dejas en cueros, y lo que mi frente suda es para los extranjeros. Papel que estaba empeñado lanzas de pronto á la plaza; ¿por qué no me has avisado, oh ministro calabaza? Y aseguran que te quedas, y te das tono quizás... ¡Aunque te vistas de sedas, ay, siempre mono serás! Hoy la economista grey dió el solemne revolcon... ¡ya eres ministro del rey
Melón!

ECOS DE LA ALDEA.

La escena representa un campo. Lluve á torrentes. El trigo se reanima. Parece que despierta de un sueño. La semilla se agita en el seno de la tierra, y los granos se codean y hablan unos con otros.

UNO.—¡Ah!
OTRO.—¡Qué agradable frescura!
OTRO.—Esto es otra cosa.

CORO DE GRANOS.

Bebed, bebed, el agua apurad, reid, reid, cantad, cantad.

UN LABRADOR.—¡Bendito sea Dios! Al fin llueve.

EL CURA DEL PUEBLO (*que pasea por la carretera con su paraguas abierto.*)—¡Eh! ¡Eh!

EL LABRADOR.—Hola, señor cura, ¿ve su merced qué agua tan rica?

EL CURA (*como disgustado.*)—Con tal que dure...

EL LABRADOR.—¡Ya lo creo! ¡Como que es de temporal! Diga Vd. señor cura, ¿no predicaba Vd. ayer tarde que no lloveria nunca porque hay libertad y...
EL CURA (*volviendo la espalda.*)—¡Abur!

LOS GRANOS (*muy alegres.*)

Bebed, bebed, el agua apurad...

UNA GOTA DE LLUVIA (*metiéndose por una grieta.*)—
¿Hola, señores!

UN GRANO.—Hola, ¿qué hay?

LA GOTA.—Que venimos por una temporadita...

OTRO GRANO.—¡Ah! ¿de veras?

LA GOTA.—Sí; las nubes han resuelto pasar un rato en España,

EL GRANO.—¿Y cómo así?

LA GOTA.—Porque quieren hacer propaganda.

EL GRANO.—No entiendo.

LA GOTA.—Me explicaré: creen los hombres, no todos, que esto de llover ó no llover se debe á disgustos del cielo con la tierra. Por eso suelen hacer los hombres rogativas...

EL GRANO.—Es verdad...

LA GOTA.—Pues no es eso.

EL GRANO.—¿Cómo que no es eso?

LA GOTA.—En cada comarca llueve ó no llueve, segun las condiciones especiales de aquellas. Por ejemplo, si los españoles cuidaran más las plantaciones, lloveria más, aunque los pecadores fueran dobles. ¿Comprendes?

EL GRANO.—Sí, sí.

LA GOTA.—Pues bien; nosotras, que pasamos la mitad del año en Suiza, ó en Francia, ó en otras partes donde el verde nos llama, hemos venido ahora, ¿sabes para qué?

EL GRANO.—¿Para qué?

LA GOTA.—Para que no se nos atribuyan virtudes divinas. Por de pronto, que se convenzan los españoles de que la lluvia acude donde se la llama...

EL GRANO.—Comprendo.

LA GOTA.—Este año os regalamos la cosecha. ¡Haced algo para el año que viene! Esto es lo que con nuestro monotonó ruido venimos á decir.

LOS GRANOS.—¡Gracias, gota!

UN GRANO.—¿Es Vd. de los Coburgos Gotas?

LA GOTA.—Nada de alusiones. ¡Yo vengo por mi cuenta!

EL LABRADOR.—¡Por más que diga el señor cura, las Cortes han traído la lluvia!

OTRO LABRADOR (*que pasa.*)—¡Chiqui! ¿Esta es el agua de la revolucion?

EL PRIMERO.—¡Parece que sí!

EL SEGUNDO.—¡Y eso que van á venir los judíos!

EL PRIMERO.—¡Pues si traen buena cosecha, por mí... que vengan!

EL SEGUNDO.—¡Y por mí tambien!

LOS GRANOS Y LA GOTA.—¡Qué religion tan universal la del bolsillo!

¡Bebed, bebed, el agua apurad, reid, reid, cantad, cantad!

El señor cura entra en el pueblo.—Le saludan las mujeres.

UNA.—¡Señor cura, cómo llueve!

OTRA.—Decía el señor cura que no lloveria.

OTRA.—¡Lo habrá mandado el Gobierno!

EL CURA (*entrando en su casa.*)—¡Nicolasa, dame de merendar!

El ama le da de merendar.

El cura coge un pedazo de pan, y exclama:

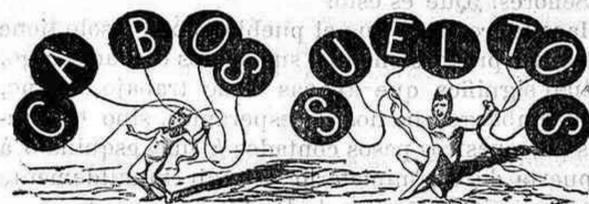
—¡Yo que pensé que el pan subiría! ¿Por qué no subes, gran zoquete? ¡sube!

El zoquete sube desde la mesa á la boca del cura.

El ama dice:

—Señor, es mucha desgracia la de Vd.: ¿pues no está lloviendo, á pesar de las heregias que traen los papeles?

EL CURA (*engullendo otro zoquete.*)—¡Sube, hombre, sube!



Una sociedad espiritista ha evocado á O'Donnell.

—¿Qué opinas de esto? le han preguntado.

—Que va á haber palos, ha respondido.

✱

Los diputados de la mayoría presentan enmiendas para tener el placer de pronunciar un discurso y echar por aquella boca todo lo que han aprendido.

Y luego, á casita.

¿No es cierto, Sr. Valera?

✱



— ¡ Un rey, por amor de Dios! —

El Sr. Rivas es hombre que lo entiende. En su circo de caballos ha hecho una verdadera revolucion. Hoy es un teatro de los más elegantes y más cómodos de Madrid. Este verano habrá en él funciones compuestas de operetas, baile y gimnasia. El público tiene ya un verdadero teatro de verano, rico y elegante, á las puertas de Madrid.

¡Ciudadanos! La primavera, el amor, el pantalon de entretiempo, la juventud, el levisac, la hermosura, el chaleco de piqué!... ¡Ah, qué dulces impresiones! Acercaos al bazar de Muñoz y Mexia, en la Carrera de San Gerónimo. He pasado una revista á los géneros de novedad. ¡Qué caprichosa variedad de paños, telas y otras especies! Hay pantalones que andan solos.

¡Acudid, que es tiempo aun, á ese bazar-sastrería que lleva por nombre *Cumberlund, Muñoz y Mexia!*

En las carreras de caballos se presentó doña Isabel con un vestido cuyos encajes valian cien mil francos. Eche Vd. rumbo. ¡Y considerar que todo ese lujo solo sirve para que lo arrugue el Marfori del día!

Las señoras de San Sebastian han prohibido á las bailarinas el *can-can*, no asistiendo al teatro cuando se baila. Es la única manera regular de protestar contra un espectáculo que no nos gusta: así hago yo con ciertos sermones.

De la Habana me dicen lo siguiente: «Deben suprimirse los jesuitas en esta isla, que cobran 30,000 pesos del presupuesto, por *material*. Idem los paules dependientes del *Principal* en Francia, á donde remiten las economías de sus afiliados.» Me parece que estos jesuitas y estos paules están ya de sobra.

Un misionero de la India ha escrito al general Serrano que tiene tres reyes á su disposicion. Ninguno de los tres habla español; son salvajes y beben sangre. El general Serrano ha contestado: —No me ofrece Vd. ninguna novedad; tengo por aquí cosa muy parecida.

Y á todo esto, ¿se sabe quién es el rey que tiene encerrado en un cofre el Sr. Ruiz Zorrilla? ¿Cuándo nos dan la sorpresa? ¡Yo necesito sorprenderme, que tengo hipo!

El obispo de Jaen se ha ido; buen viaje. Hay quien dice que iba diciendo para sí: «Decididamente *esto se va.*» Si se referia á su persona, tenia razon; pero lo que es si se referia al catolicismo... tambien.

«Mis palabras tienen *majestad régia.*» decia el señor Bugallal en la sesion del lunes: y era verdad; porque, como la *regia majestad*, estaba disgustando á todos los que le oian.

El Sr. Mata decia, contestando al Sr. Pi y Margall, que estaba conforme con sus ideas. Entonces, ¿por qué no se han redactado de otro modo los artículos 20 y 21 de la Constitucion? Échese Vd. á discurrir.

Parece que en Hija, provincia de Teruel, la piedad católica se ha manifestado atropellando categóricamente al repartidor del libro que está publicando nuestro compañero el diputado republicano Roberto Robert.

Esas cazas de hombres eran comunes en las épocas dominadas por el espíritu salvaje que Robert condena en *Los cachivaches de antaño*, y debe aprovechar la noticia para su obra.

Los suscritores que habia en Hija, temerosos de otros actos de religioso vandalismo, han tenido que retraerse, y podrán emplear el importe de la suscripcion en sacar almas del purgatorio, que segun predicán los curas de Vergara, andan muertas de hambre.

El señor ministro de Marina ha empezado á dar á luz el arreglo del cuerpo administrativo de la Armada.

Segun un decreto expedido por este ministerio, se ha dispuesto que los oficiales de dicho cuerpo usen las divisas sobre fondo blanco.

Nos parece muy pura, muy cándida y sobre todo muy excelente la idea de S. E. al adoptar un color tan á propósito para un cuerpo cuyos servicios se prestan generalmente en oficinas.

Como se ve, la reorganizacion del cuerpo es ménos interesante que la de las levitas; á este paso pronto se modificarán los calcetines.

Otra idea del Sr. Figuerola.
 A los empleados de los ferro-carriles les quiere quitar el 5 por 100. ¡Caracoles!
 ¿Por qué, señor ministro?
 Después de las economías que en perjuicio del mayor número de empleados han hecho las empresas, ¿no sabe Vd. que á esa gente apenas les llega el sueldo para vivir?
 Antes de tocar al dinero del pobre, ¿por qué no se economiza en los altos puestos diplomáticos, como estamos pidiendo hace tiempo?



Amigo mío, ¿ha leído Vd. el discurso de Pi y Margall?
 —Hombre, no.
 —Pues vaya Vd. á leerle; después vendrá Vd. á darme las gracias.
 ¡Caballeros, vaya un discurso: vamos, que es un señor discurso!

Lean Vds. este otro:
 «Como español y como católico, me adhiero á la protesta que los periódicos católico-monárquicos han publicado en sus respectivos números de 27 de abril último.—El duque de Madrid.»
 Esto han publicado los periódicos neos.
 Algunas personas dicen que el parte es falso.
 Otras admiten que puede ser verdadero.
 Es que, conviniendo todos en que el terso es tonto de la cabeza, difieren en el más y en el menos. Los que creen en la autenticidad del parte le juzgan más, los que no creen le juzgan menos estúpido. Esto es todo.

Como español, y no es español, porque no ha nacido en España ni adquirido nacionalidad.
 Duque de Madrid, ni es duque, ni de Madrid.
 Otra línea y tres mentiras.
 ¡Y se llama católico!



En tu puerta planté un pino
 y en tu ventana un peral,
 y en el salón del Congreso
 dos curas y un cardenal.



En un pueblo de la provincia de Salamanca, un alcalde ha adjudicado la escuela al mejor postor en pública subasta.
 A este alcalde sin duda le ha parecido que para maestro sirve cualquiera.
 Se parece este caso á otro que pasó en Aragón. Había que dar garrote á un barbero, único que existía en el pueblo, por un horroroso crimen que había cometido.
 Como no había más que un barbero, el alcalde pensó que en adelante nadie se podría hacer la barba ni cortarse el pelo.
 Pero como había dos tegedores, le perdonó la vida al barbero, y mandó ahorcar un tegedor que en su vida había hecho daño á nadie.



Señor alcalde, señor gobernador, señores polizontes, no se puede andar por Madrid.
 ¡Madrid está lleno de mendigos, y de mendigos asquerosos que se complacen en enseñarnos heridas, carnosidades, inmundicias y miserias!
 ¡Esto repugna, y por caritativo que uno sea, se le quitan las ganas de comer!



Parece que los mejicanos reconocen como beligerantes á los insurrectos de Cuba...
 Pero señor, ¿no tienen bastante que hacer los mejicanos con sus asuntos, en los cuales no se acaban de entender nunca, que ahora pretenden meterse en los negocios ajenos?
 Dígole á Vd. que no les falta á los mejicanos más que un poco de jaleito con los soldados españoles para acabarse de arreglar.



Olózaga parte á Vico y Santana al extranjero...
 ¡Todos los reyes del mundo están haciendo pucheros!



¡Qué malicia se gasta hoy en día!
 Dice un periódico que los portugueses recibirán mal á Fernandez de los Rios.
 Y La Correspondencia... ¡es claro! copia la noticia.



Me ha gustado... ¿qué digo? me ha entusiasmado la alocucion que el alcalde popular ha dirigido al pueblo de Madrid el día 2 de mayo.
 Es una morrocotuda alocucion que no debe olvidar el pueblo.
 Tiempo era de que un alcalde saliera de la rutina de siempre y dijera lo que se debe decir en un día como aquel.



En Francia hay una marca muy regular.
 El imperio se bambolea.
 ¡Verá Vd., verá Vd. qué paso va á llevar eso!
 Los pueblos van entrando en calor, y se me figura que este verano va á ser un veranito de ordago.



¡Canastos! ¿Con que el príncipe Shol... etc. en persona se nos ha colado en España?
 ¿Con que hay quien le ha visto?
 ¿A qué ha venido? ¿Saco la escopeta?



Las cuestiones intestinas de la Hacienda siguen en un estado alarmante.
 Ello es que ni Figuerola ni el mismísimo San Laureano arreglarán esto de la Hacienda de España.
 ¿Y saben Vds. por qué?
 Porque si Figuerola y demás compañeros hubieran hecho las cosas en regla, y como se deben hacer en plena revolucion, en setiembre deberían haber dicho:
 —¡Corte de cuentas! ¡Economías, ó nos hundimos!
 Y mientras esto no se haga... no saldremos de trampas.
 Esta es la verdad, y el tiempo hablará por nosotros.



Todavía el rey viudo
 le da cuidados
 al embajador gordo
 de mis pecados;
 y todavía
 dicen que vendrá á vernos
 su señoría.



Me parece que el pueblo
 de ese rey viudo,
 le va á dar un julepe
 morrocotudo;
 y si esto pasa,
 ni el viudo ni el soltero
 mudan de casa.



—¿Qué cosa es la patria?
 Un progresista.—La patria soy yo.
 Un vicarvarista.—La patria es un destino de treinta mil reales.
 Un demócrata.—La patria es el programa de La Discusion.
 Un neo.—¡La patria es un garrote!
 El país.—Y con tanta patria... ¿cuándo se abarata el pan?



Es peregrino lo que pasa á veces con esta situación archi-liberal.
 Se dá un decreto, lo censura la prensa, nadie lo defiende, y el ministro y el decreto en pié.
 Por ejemplo. Yo he recibido multitud de quejas de los subalternos del ejército por el último decreto en que se les prohíbe casarse, lo cual es una irritante desigualdad, que hasta el mismo Narvaez reconoció.
 La prensa censura al ministro de la Guerra, no hay un solo periódico que nos dé las razones en que el ministro se apoyaba, y sin embargo los subalternos no pueden casarse. ¡Oh libertad! ¿dónde te escondes?



¿Con que hay libertad de amar á Dios como uno quiera, y no la hay para amar á una mujer sino por detrás de la iglesia?
 ¡Sr. D. Juan, remédiese esto, qué demonio! No sea Vd. menos que Narvaez.



La Regeneracion llama al terso el rey D. Carlos VII de España.



Lo de España es una broma,
 lo del rey es un sainete,
 con que quitando el don Carlos
 vienes á quedar un siete.



Se asegura que antes de un mes habrá dado esto una vuelta.

Sobre todo, que no sea la vuelta de los Borbones.



Ya se ha acabado la temporada en el teatro dicho Español; ya han acabado los Catalinas.
 ¡Descansa, oh patria, gracias á Dios!



Por fin pasó el día 2 de mayo.
 Hubo quien creyó que no pasaría.
 Los alarmistas, en su afán de atemorizar á los vecinos, tenían la seguridad de que Madrid ardería el día 1 para que el día 2 no sucediera nada.
 ¡Ah! ¡La Providencia se ha propuesto no firmar esos contratos que el clero quería hacer con ella!

Sí, sépalo el lector, el clero carlista le ha dicho á la Providencia:

—Tú que todo lo puedes, hazme una escritura por medio de la cual tú te comprometes á traer sobre España una catástrofe cada vez que se adopte una medida revolucionaria, y yo me obligo á que la gente rece pidiéndote que detengas tus justas iras.
 Y parece que la Providencia ha contestado:
 —¿A mí que me importa que por ahí manden blancos ó negros?

Desengáñese el clero carlista; algun dinero le debe á la Providencia cuando ésta se ha dado á no protegerle.

O sino, no hay mas que fijarse en lo que pasa.
 Le sueltan un tiro á Lagunero, y Lagunero más fuerte que ellos, escapa con vida... y les va á dar que hacer.

Se proponen desacreditar al general Prim, y se ven obligados á cantar la palinodia.

En fin, ¿qué más? Envían diputados á las Cortes para que defiendan sus ideas, y les toca un diputado como Cruz Ochoa, que en cuanto abre la boca, se despeja el salón.

¡Oh, neos! ¡Sois muy desgraciados!
 No os faltaba más que la lluvia... ¡y ahí está!

Mendez Nuñez está enfermo de gravedad. Nosotros deseamos su pronto restablecimiento, y lo deseamos con toda nuestra alma, porque hemos conocido pocos hombres tan eminentes, y cuando pensamos que hay en el Congreso Constituyente un Manterola, y un Ochoa, y otros, y otros... y no está allí el héroe del Callao... francamente, nos entra tristeza.



Una frase de Roberto Robert.
 Entraba un rayo de sol por una ventana del Congreso, y le daba al cardenal Cuesta en un hombro.
 —Sol en cáncer, dijo nuestro compañero.



Para jardines Valencia,
 para frutas Aragón,
 y para esconder el bulto
 los que publicaron aquella carta en La Regeneracion.

PASATIEMPO.

CHARADA.

Es mi primera pronombre,
 y un animal con segunda
 que al pueblo regalan siempre
 reyes, príncipes y curas.

(La solución en el próximo número).

Correspondencia del GIL BLAS.

D. F. V. (Sevilla).—Ahora, como Vd. ve, la política lo absorbe todo. Más adelante tal vez podrá ser útil su pensamiento.
 D. J. P. (Albarracín).—Se hará todo como Vd. desee, quedando por seis meses en vez de dos trimestres.
 D. F. M. (Coruña).—Recibidos los sellos y remitidos los números del 159.
 Doña J. B. (Alcovedas).—Recibí los versos, y sentiría mucho, muchísimo que á Vd. no agradase mi franqueza. No diré yo que los versos sean malos, no, pero aunque son muy bonitos no puedo publicarlos.
 Una suscritora (San Sebastian).—Su carta es algo fuerte. Pero se hará lo que se pueda. Avise Vd. si hay más.
 Señor secretario del comité republicano (Villagarcía).—Diríjase Vd. al Comité central republicano, participándole acuerdo y nombramiento de mesa.
 D. F. L. de U. (Valencia).—Se le remiten todos los números á esa capital. Quizá no los reciba por no llevar las señas de su habitación.

MADRID: 1869.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.